

bueno has de tener al que no es muy malo; pues apenas tuvieras comodidad de hacer mejor elección, aunque buscarás los buenos entre los Platones y Xenofontes, y en aquella fértil cosecha de los discípulos de Sócrates, y aunque gozaras de la edad de Catón, que habiendo producido muchos hombres dignos de haber nacido en su vida, produjo otros mucho peores que en otro algún siglo, siendo maquinadores de grandes maldades; y siendo los unos y los otros necesarios para que fuese conocido Catón, convino hubiese buenos de quien fuese aprobado, y malos en quien se experimentase su valor. Pero en este tiempo, en que hay tanta falta de buenos, hágase elección ménos fastidiosa, y en primer lugar no se elijan hombres tristes, que todo lo lloran, sin que haya cosa alguna que no les sirva de motivo para quejas; y aunque éstos tengan fe y amor, es contrario á la tranquilidad el compañero que anda siempre inquieto y el que se lamenta de todo.

CAPÍTULO VIII.

Pasemos á la hacienda, ocasion grande de las ruinas humanas; porque si hacemos comparacion de las demas cosas que nos congojan, como son la muerte, las enfermedades, los temores, los deseos, y el padecer dolores y trabajos, con los demas daños que nuestro dinero nos acarrea, hallarás que la hacienda es la que nos pone mayor gravámen; y así, debemos ponderar cuán más ligero dolor es no tenerla, que el perderla despues de tenida, y con esto conocemos que al paso que la pobreza es menor materia de tormento, lo es de daño; porque te engañas si juzgas que los ricos sufren más animosamente las pérdidas. El dolor de las heridas es igual á los pigmeos y gigantes. Bien dijo con elegancia que el mismo dolor sentian los calvos que los guedejados, cuando les arrancaban algún cabello. Esto mismo has de entender de los pobres y de los ricos, que sienten un mismo tormento; porque estando los unos y los otros asidos al dinero, no puede arrancárseles sin dolor; pero, como tengo dicho, más tolerable es el no adquirir que el perder; y así, verás que viven más contentos aquellos en quien jamas puso los ojos la fortuna, que los otros de quien los apartó. Bien conoció esta verdad Diógenes, varón de grande ánimo, y dispúsose á no poseer cosa que se le pudiese quitar. A ésta, que yo llamo tranquilidad, llámala tú pobreza, necesidad ó miseria, y ponle otro cualquier ignominioso nombre; que cuando hallares alguno libre de pérdidas, juzgaré que Diógenes no fué dichoso, ó yo me engaño, ó sólo el reino de la pobreza no puede ser ofendido de los avarientos, de los engañadores, de los ladrones y robadores; y si alguno duda de la felicidad de Diógenes, podrá tambien dudar de la de los dioses inmortales, pareciéndole que no viven felices, porque no tienen adornados jardines ni preciosas quintas, cultivadas de ajenos caseros, y porque no tienen grandes juros en los erarios. Tú, que con las riquezas te desvaneces, no te avergüenzas de ello? Vuelve los ojos al mundo, y verás que los dioses, que lo dan todo, están desnudos y sin poseer cosa alguna; ¿juzgarás tú por pobre ó por semejante á los dioses, al que se des-

nudó de todas las riquezas? ¿Tienes por más dichoso á Demetrio y Pompeyano, que no hubieron vergüenza de ser más ricos que Pompeyo, haciéndoles cada dia relacion de los criados que tenian, como la que al Emperador se hace de los soldados de su ejército, habiendo poco ántes sido las riquezas de éstos, dos esclavos, que substituyendo servian por ellos, y un aposento algo más acomodado? Huyósele á Diógenes un solo esclavo que tenia, llamado *Manes*, y habiendo sabido dónde estaba, no hizo diligencia en recobrarle, diciendo pareceria cosa torpe que pudiendo *Manes* vivir sin *Diógenes*, no pudiese *Diógenes* vivir sin *Manes*. Páreceme que en esto dijo á la fortuna hiciese lo que quisiese, que ya no tenia que ver con él: huyóseme mi esclavo, ó por mejor decir, fué libre; pídenme de comer y vestir mis criados, siendo forzoso dar sustento á los estómagos de tantos voraces animales, siéndolo asimismo el vestirlos y el vivir cuidadoso de sus arrebatadoras manos, siendo inexcusable el servirnos de quien siempre vive con llantos y quejas. Más dichoso es aquel que á nadie debe cosa alguna, si no es á quien con facilidad puede negar la paga, que es á sí mismo. Pero ya que no nos hallamos con suficientes fuerzas, conviene, por lo ménos, estrechar nuestros patrimonios, para estar ménos expuestos á las injurias de la fortuna. Los cuerpos pequeños, que con facilidad se pueden cubrir con las armas, estan más seguros que aquellos á quien su misma grandeza expone más descubiertos á las heridas; de la misma suerte es más seguro aquel estado que ni llega á la pobreza, ni con demasia se aparta de ella.

CAPÍTULO IX.

Agradarános esta moderacion, si nos agradáre primero la templanza, sin la cual no hay riquezas que basten, y sin ella ningunas obedecen bastantemente, estando tan en nuestra mano el remedio, pudiendo con sólo admitir la templanza, convertirse la pobreza en riqueza. Acostumbrémonos á desechar el fausto, midiendo las alhajas con la necesidad que de ellas tenemos; la comida sirva para dar satisfaccion á la hambre, la bebida para extinguir la sed, y camine el deseo por donde conviene. Aprendamos á estribar en nuestros cuerpos; compongamos nuestro comer y vestir, no dando nuevas formas, sino ajustándolo á las costumbres que nuestros pasados nos enseñaron. Aprendamos á aumentar la continencia, á enfrenar la demasia, á templar la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza y á reverenciar la templanza, y aunque nos cueste vergüenza el dar á nuestros deseos remedios poco costosos, aprendamos á encarcelar las desenfrenadas esperanzas, y el ánimo que se levanta á lo futuro; procuremos alcanzar las riquezas de nosotros mismos, y no de la fortuna. Digo, pues, que tanta variedad é iniquidad de sucesos no puede ser repelida, sin que haya grandes tormentos en los que han descubierta grandes aparatos. Conviene, pues, estrechar las cosas, para que las flechas no acierten el tiro. De esto resulta que muchas veces los destierros y las calamidades vienen á ser remedios, reparándose con pequeñas incomodidades otras más graves. El ánimo que

con rebeldía obedece á los preceptos, no puede ser curado con blandura; pues ¿por qué no se emienda, si de no hacerlo se le siguen pobreza, infamia y ruina en todas las cosas? Un mal se opone á otro. Acostumbrémonos á poder cenar sin asistencia de pueblo, y á servirnos de ménos criados, haciendo que los vestidos sean para el fin á que se inventaron, y reduciéndonos á vivir en casas más estrechas. Y no sólo hemos de volver atras en la carrera y en la contienda pública del coso, sino tambien lo hemos de hacer interiormente en estos términos de la vida. Hasta el trabajo de los estudios, con ser tan ingenuo, en tanto se ajusta á la razon, en cuanto se ajusta al modo. ¿De qué sirven innumerables libros y librerías, cuyo dueño apenas leyó en toda su vida los índices? La muchedumbre de libros carga, y no enseña; y así, te será más seguro entregarte á pocos autores que errar siguiendo á muchos. Cuarenta mil cuerpos de libros se abrasaron en la ciudad de Alejandría, hermoso testimonio de la opulencia real; alguno habrá que la alabe, como lo hizo Tito Livio, que la llamó obra egregia de la elegancia y cuidado de los reyes. Pero ni aquello fué elegancia, ni fué cuidado, sino una estudiosa demasia, ó por decir mejor, no fué estudiosa, porque no los juntaron para estudios, sino para sola la vista, como sucede á muchos ignorantes, áun de las letras serviles á quien los libros no les son instrumentos de estudios, sino ornato de sus salas. Téngase, pues, la suficiente cantidad de libros, sin que ninguno de ellos sirva para sola ostentacion. Responderásme que tienes por más honesto el gasto que en ellos haces que el de pinturas y vasos de Corinto. Advierte que donde quiera que hay demasia hay vicio. ¿Qué razon hay para perdonar ménos al que procura ganar nombre con juntar estatuas de mármol ó marfil que al que anda buscando las obras de autores ignotos y quizá reprobados, estando ocioso entre tantos millares de libros, agradándose solamente de las encuadernaciones y rótulos? Hallarás en poder de personas ignorantísimas todo lo que está escrito de oraciones y de historias, teniendo los estantes llenos de libros hasta los techos; porque ya áun en los baños se hacen librerías, como alhaja forzosa para las casas. Perdonáralo yo, si esto naciera de deseos de los estudios; pero ahora estas exquisitas obras de sagrados ingenios, entalladas con sus imágenes, se buscan para adorno y gala de las paredes.

CAPÍTULO X.

Si entraste acaso en alguna difícil forma de vida, y sin saberlo tú, te puso la pública ó la particular fortuna en algún lazo, que ni sabes desatarle, ni puedes romperle, considera que los presos á los principios sufren mal las cadenas y grillos, que son impedimentos de sus pasos; pero despues que se determinan á traerlos sin indignarse con ellos, la misma necesidad los anima á sufrirlos con fortaleza, y la costumbre los enseña á llevarlos con facilidad. En cualquier estado de vida hallarás anchuras, gustos y deleites, si te dispusieres primero á querer no juzgar por mala la que tienes, no haciéndola sujeta á la envidia. Con ninguna cosa nos obligó más la naturaleza, como fué (cono-

ciendo que naciamos para tantas miserias) haber inventado, para temperamento de ellas, la costumbre de sufrirlas, la cual con presteza se convierte en familiaridad. Nadie perseverara en las cosas, si la continuacion de las adversas tuviera la misma fuerza que tuvo á los primeros acometimientos. Todos estamos atados á la fortuna; pero la cadena de unos es de oro y floja, la de otros estrecha y abatida. Pero ¿de qué importancia es esta diferencia, si es una misma la cárcel en que estamos todos, estando tambien presos en ella los mismos que hicieron la prision? Si no es que asimismo juzgues que es más ligera la cadena porque te la echaron al lado izquierdo. A unos enlazan y encadenan las honras, á otros las riquezas, á otros la nobleza; á unos oprime la humildad, y hay otros que tienen sobre su cabeza ajenos imperios, y otros los suyos; á unos detiene en un lugar el destierro, á otros el sacerdocio; siendo toda la vida una continuada servidumbre. Conviene, pues, acostumbrarnos á vivir en nuestro estado sin dar de él una mínima queja, abrazando en él cualquier comodidad que tenga. No hay caso tan acerbo, en que no halle algún consuelo el ánimo ajustado. Muchas veces al arte del buen arquitecto dispone pequeños sitios para varios usos, y la buena distribucion hace habitable el sitio, aunque sea angosto. Arrima tú la razon á las dificultades, y verás cómo con ella se ablandan las cosas ásperas, se ensanchan las angostas, oprimiendo ménos las graves á los que con valor las sufren. Demas de esto, no se han de extender los deseos á cosas remotas; y ya que de todo punto no los podemos estrechar, les hemos de permitir sólo aquello que está cercano, desechando lo que, ó no puede conseguirse, ó se ha de conseguir con dificultad. Sigamos lo que está cerca y lo que se ajusta y proporciona con nuestra esperanza. Sepamos que todas las cosas son igualmente caducas, y que, aunque en lo exterior tienen diferentes visos, son en lo interior igualmente vanas. No tengamos envidia á los que ocupan encumbrados lugares, porque lo que nos parece altura es despeñadero, y al contrario, aquellos á quien la adversa suerte puso en estado de medianía, estarán más seguros si quitaren la soberbia á los ministerios que de suyo son soberbios, bajando, en cuanto les fuere posible, su fortuna á lo llano. Hay muchos que se ven forzados á estar asidos á la altura en que se hallan, por no poder bajar de ella si no es cayendo; pero por la misma razon deben testificar que la carga que tienen les es muy pesada, por haber de ser ellos pesados á otros; y confiesen tambien que no están levantados, sino amarrados, y prevengan con mansedumbre, con humildad y con mano benigna muchos socorros para los sucesos venideros, para que en esta confianza, aunque vivan pendientes, estén con mayor seguridad; y ninguna cosa los librará de las tormentas del ánimo, como el poner algún punto fijo á los acrecentamientos, sin que quede en albedrío de la fortuna el dejar de dar; exhórtense á sí mismos á parar mucho ántes de llegar á los extremos, y de esta forma, aunque habrá algunos deseos que inciten el ánimo, no se extenderán á lo incierto y á lo inmenso.

CAPÍTULO XI.

Esta mi doctrina habla con los imperfectos, con los mediocres y con los mal sanos, y no con el sabio, que ni vive temeroso, ni anda atentado; porque tiene de sí tanta confianza, que no recela salir al encuentro á la fortuna, sin jamas rendírsele y sin poseer cosa en que poder temerla; porque tiene por prestados, no sólo los esclavos, las heredades y las dignidades, sino su mismo cuerpo, sus ojos y sus manos, y todo aquello que le puede hacer más amable la vida, viviendo como prestado á sí mismo, para sin tristeza restituirse á los que le volvieran á pedir; y no se desestima en saber que no es suyo, ántes hace todas las cosas con tan gran diligencia y circunspeccion, como el hombre religioso y santo, que guarda lo que se entregó á su fe, y cada y cuando que se lo mandaren restituir, lo hará sin dar quejas de la fortuna; ántes le dirá: «Doyte gracias por el tiempo que lo poseí. Yo estimé con veneracion tus cosas, pero ya que me las pides, te las restituyo con voluntad y agradecimiento; si gustares dejarme alguna, te la guardaré tambien; pero ya que de ello tienes gusto, te restituyo la plata labrada, la acuñada, la casa y la familia.» Si me llamáre la naturaleza, que fué la primera que me prestó á mí, le diré tambien: «Tómame mi ánimo; mejorado te lo vuelvo de lo que me le diste; no ronco ni huyo; aprestado está por mí, que me hallo sin voluntad; recibe lo que me diste cuando no tenía sentido.» El volver á la parte de donde venimos, ¿qué tiene de molestia? Aquel vivirá mal, que ignoráre el útil de morir bien. Lo primero, pues, á que se ha de quitar la estimacion, es á la vida, contándola entre las demas cosas serviles. Dice Ciceron que aborrecemos á los gladiadores que en la pelea procuran salvar la vida, y al contrario, favorecemos á los que la desprecian. Entiende, pues, que lo mismo nos sucede á nosotros; siendo muchas veces causa de morir el esperar tímidamente á la muerte. La fortuna, que hace tambien sus regocijos y espectáculos, dice: «¿Para qué te he de reservar, animal malo y cobarde? Porque no sabes ofrecer el cuello, has de ser más herido y maltratado; y al contrario, tú, que no con cerviz forzada ni cruzadas las manos esperas el cuchillo, vivirás más tiempo, y morirás con más despejo.» El que temiere la muerte, no hará hazaña de varon vivo; mas el que conoce que al tiempo de su concepcion capituló el morir, vivirá segun lo capitulado, y juntamente con la gallardía de ánimo hará que ninguna cosa de las que en la vida suceden le sea repentina; porque teniendo por asentado que todo lo que puede venir le ha de suceder, mitigará los ímpetus de los males; que éstos nunca traen cosa de nuevo á los que estando prevenidos los esperan, y solamente son graves y pesados á los que viven con descuido, y espera solamente las cosas felices. Porque la enfermedad, la cautividad, la ruina y el incendio no me son cosas repentinias, sabiendo yo en cuán revoltoso hospedaje me encerró la naturaleza. Muchas veces sentí llantos en mi vecindad; muchas vi pasar por mi puerta entierros no sazoados, con hachas y cirios; muchas oí el estruendo de soberbios edificios que cayeron, y muchos de aquellos á quienes el tribunal,

la córte y la conversacion juntaron conmigo, se los llevó una noche, dividiendo las manos unidas en amistad. ¿Tengo de admirarme de que se me hayan llegado los peligros que siempre anduvieron cerca de mí? Muchos hombres hay, que habiendo de navegar, no se acuerdan de que hay tormentas; yo no me avergüenzo en lo bueno, de tener por autor un malo. Publio, más vehemente que los ingenios trágicos y cómicos, todas las veces que dejó los disparates mímicos, y los dietérios y donaires concernientes al vulgo, entre otras muchas cosas dignas de la gravedad y escena trágica, dijo: «Á cada cual puede suceder lo que puede suceder á alguno.» El que depositáre en su corazon esta sentencia, y atendiere á los males ajenos (de que cada dia hay tanta abundancia), y conociere que tienen libre el camino para venir á él, este tal se prevendrá ántes de ser acometido. Tardamente se arma el ánimo á la paciencia de los trabajos, despues que ellos han llegado. Dirás: «No pensé que esto sucediera, ni creí que esto pudiera venirme.» Pues por qué no lo pensaste? ¿Qué riquezas hay á quien no vayan siguiendo la pobreza, la hambre y la mendicidad? ¿Qué dignidad hay, á cuya garnacha, cuyo hábito augural y cuyas insignias de nobleza no acompañen asquerosidades, destierros, descrédito, mil manchas, y últimamente el desprecio? ¿Qué reino hay á quien no esté aparejada la ruina y la caída, teniendo, ora un justo dueño, y ora un injusto tirano? Y estas cosas no están separadas con grandes intervalos, pues sólo hay un instante de distancia del verse en el trono al estar postrado ante ajenas rodillas. Persuádete, pues, que todo estado es mudable, y que lo que ves en otros, puede suceder en tí. Si te precias de rico, ¿ereslo por ventura más que Pompeyo, al cual, cuando Cayo, su antiguo pariente y huésped nuevo, abrió la casa de César para cerrar la suya, le faltó pan y agua? Y el que poseia tantos rios, que nacian y morian en su imperio, mendigó agua llovediza, muriendo de hambre y de sed dentro del palacio de su dèudo, miéntras el heredero preparaba entierro público al que moria de hambre. Has tenido grandes honras? Dime si han sido tantas, tan grandes y tan no esperadas como las que tuvo Seyano. Pues advierte que el mismo dia que le acompañó el Senado, le despedazó el pueblo; y habiendo puesto en él los dioses y los hombres todo lo que se puede juntar, no quedó cosa en que el verdugo no hiciese presa. Eres rey? pues no te enviaré á Creso, que entró mandando en la hoguera, y la vió extinguida, sobreviviendo, no sólo al reino, sino á su misma muerte. No te enviaré á Yugurta, á quien el pueblo romano vió preso dentro del año en que le habia temido. No á Tolomeo, rey de Africa, ni á Mitridates, rey de Armenia, á quienes vimos entre las guardias cayanas, siendo el uno desterrado, y deseando el otro serlo con seguridad. Si en tan gran mutabilidad de las cosas, que suben y bajan, no juzgares que te amenaza todo lo que puede sucederte, darás contra tí fuerzas á las adversidades, las cuales quebranta el que las anteve. Lo que á esto se sigue es, que ni trabajemos en lo necesario ni para ello; quiero decir, que ó no deseemos lo que no podemos conseguir, ó lo que se ha de conseguir tarde y despues de haber pasado mucha vergüenza, conozcamos

CAPÍTULO XIII.

Porque el que se ocupa en muchas cosas, hace muchas veces entrega de sí á la fortuna, siendo más seguro hacer de ella pocas experiencias; no obstante que conviene pensar mucho en ella, sin prometerse seguridad alguna de su fe. Dirá el sabio: «Haré mi navegacion, si no hubiere algun accidente; seré oidor, si no se ofreciere algun impedimento; y mis trazas saldrán bien, si no interviene algun estorbo.» El decir esto es lo que obliga á que afirmemos que al sabio no le sucede cosa alguna contra su opinion. No le exceptuamos de los sucesos humanos, sino de los errores; ni decimos les suceden todas las cosas como deseó, sino como pensó; porque antes de emprenderlas, se persuadió podia haber algo que impidiese la ejecucion de sus deseos; y así, es forzoso que al que no se prometió seguridad en sus intentos, venga más templado el dolor de verlos defraudados.

CAPÍTULO XIV.

Debemos tambien hacernos fáciles, sin entregarnos con pertinacia á las determinaciones; pasemos á lo que nos lleváre el suceso, y no temamos las mudanzas de consejo ó de estado, con tal que no seamos poseidos de la liviandad, vicio enconradísimo con la quietud; porque es forzoso que la pertinacia sea congijosa y miserable en aquel á quien diversas veces quita alguna cosa la fortuna, y que sea más cierta la liviandad de aquel que jamas está en un ser. El ignorar hacer mudanza cuando conviene, y el no saber perseverar en cosa alguna, son cosas contrarias á la tranquilidad; conviene, pues, que apartándose el ánimo de todas las externas, se reduzca á sí, confie de sí y se alegre consigo; abraza sus cosas en cuanto fuere posible, abstrayéndose de las ajenas, y aplicándose á sí mismo, sin sentir los daños, juzgando con benignidad aún de las cosas adversas. Habiendo llegado nuevas á nuestro Cenon de que en un naufragio se habia anegado toda su hacienda, dijo: «Quiere la fortuna que yo filosofee más desembarazadamente.» Amenazaba un tirano á Teodoro filósofo con la muerte y con que no sería sepultado, y él respondió: «Tienes con qué alegrarte, pues mi sangre está en tu potestad; pero en lo que dices de la sepultura eres ignorante, si piensas que importa el poderecerme encima ó debajo de la tierra.» Canio Julio, varon grande, á cuya estimacion no dañó el haber nacido en nuestro siglo, habiendo altercado mucho tiempo con Cayo, le dijo aquel Fálaris cuando se iba: «Para que no te lisonjees con vana esperanza, he mandado te liven al suplicio;» y él le respondió: «Doyte las gracias, óptimo príncipe.» Estoy dudoso de lo que en esto quiso sentir, y ocurrenme muchas cosas. Quísole afrentar, dándole á entender cuán grande era su crueldad, pues tenia por beneficio la muerte; ó quizá le dió en rostro con la ordinaria locura de aquellos que le daban gracias cuando les habia muerto sus hijos y quitádoles sus haciendas; ó por ventura recibió con alegría la muerte, juzgándola por libertad. Sea lo que fuere, la respuesta fué de ánimo gallardo. Dirá alguno que pudo, despues de esto, mandar Cayo que Canio viviese. No temió esto Canio, que

la vanidad de nuestros deseos, no poniéndolos en aquello en que ha de salir vano y sin efecto el trabajo, ó donde el efecto ha de ser indigno de lo que se trabajó; porque casi siempre se sigue tristeza si no suceden, ó si suceden, vienen á causar vergüenza.

CAPÍTULO XII.

Conviene reformar los paseos, que en muchos hombres son tan continuos, que andan siempre vagando por las casas y teatros, ofreciéndose á los negocios ajenos, remedando á los que siempre están ocupados. Y si preguntas á alguno de éstos, cuando sale de casa, á dónde va ó en qué piensa, te responderá: «Por Dios, que no lo sé; visitaré á algunos y haré algun negocio.» Van sin determinacion, buscando ocupaciones, y sin hacer aquello que habian determinado, hacen lo que primero se les ofreció; su paseo es vano y sin consejo, como el de las hormigas, que suben por los árboles, y despues de haber llegado á la cima, bajan vacías al tronco. Muchos son los que pasan la vida semejante á éstas, pudiendo con razon llamarla una inquieta pereza. De otros tendrás compasion, como de personas que corren incendio, que atropellando á los que encuentran, se despeñan y los despeñan. Estos tales, despues de haber corrido á saludar á quien no les ha de pagar la cortesía, ó para hallarse en las honras de persona con quien no tuvieron conocimiento, ó para asistir á la vista de algun pleito del que es siempre litigante, ó á las bodas de quien muchas veces se casa, siguiendo su lintera, y ayudando en muchas partes á llevarla, cuando vuelven á sus casas con un vacío cansancio, juran que ni saben á qué salieron ni dónde estuvieron, con haber de andar los mismos pasos el dia siguiente. Enderécese, pues, tu trabajo á algun fin, y mira á parte segura. A los inquietos y locos no los mueve la industria; muévenles las falsas imágenes de las cosas, porque les obliga alguna vana esperanza; convídalos la apariencia de aquello, cuya unidad no la comprende el entendimiento cautivo. Del mismo modo sucede á los que salen de casa á sólo aumentar el vulgo, llevándolos por la ciudad insubstanciales y ligeras ocasiones, y sin tener en qué trabajar, los expelen de sus casas la salida del sol, y despues de haber sufrido mil enconrones por llegar á saludar á muchos, siendo mal admitidos de algunos, á ningunos hallan más dificultosamente en casa que á sí mismos. De esta ociosidad se origina el vicio de andar siempre escuchando é inquiriendo los secretos de la república, y el saber muchas cosas, que ni con seguridad se pueden contar, ni aún saberse con ella. Pienso que siguiendo esta doctrina Demócrito, comenzó diciendo: «El que quisiere vivir en tranquilidad, ni haga muchas cosas en que se singularice, ni se deje llevar con publicidad á las superfluas.» Porque de las que son necesarias, no sólo se han de hacer muchas privada y públicamente, sino innumerables; pero donde no nos llama la obligacion de algun importante ministerio, conviene enfrenar nuestras acciones.

era conocida la estabilidad que en semejantes crueles mandatos tenía Cayo. ¿Piensas tú que sin algun fundamento pidió cinco días de dilacion para el suplicio? No parece verosímil lo que aquel varon dijo y lo que hizo, y en la tranquilidad que estuvo. Jugando estaba al ajedrez cuando el alguacil que traia la caterva de muchos condenados á muerte, mandó que tambien le sacasen á él; y despues de haber sido llamado, contó los tantos, y dijo al que jugaba con él: «Advierte que despues de mi muerte no mientas, diciendo que me ganaste.» Y llamando al alguacil, le dijo: «Serás testigo de que le gano un tanto.» ¿Piensas tú que Canio jugaba en el tablero? lo que hacia no era jugar, sino burlarse del tirano, y viendo llorosos á sus amigos por la pérdida que hacian de tal varon, les dijo: «¿De qué estais tristes? vosotros andais investigando si las almas son inmortales, y yo lo sabré ahora.» Y hasta el último trance de su muerte no desistió de inquirir la verdad y disputar de la muerte, como lo tenía de costumbre. Íbale siguiendo un discípulo suyo, y estando ya cerca del túmulo, á donde cada dia se hacian sacrificios á César, que pretendia ser adorado por Dios, le dijo: «¿En qué piensas, Canio? qué juicio es el tuyo? Sacrifica á César.» Respondele Canio: «Tengo propuesto averiguar si en aquel velocísimo instante de la muerte siente el alma salir del cuerpo.» Y prometió que en averiguándolo, visitaria á sus amigos y les avisaria qué estado es el de las almas. Advertid esa tranquilidad en medio de las tormentas, y ved un ánimo digno de la eternidad, que para averiguacion de la verdad llama á su muerte, y puesto en el último trance, hace preguntas al alma cuando se despedia del cuerpo, aprendiendo, no sólo hasta la muerte, sino tambien de la misma muerte. Ninguno ha habido que filosofase más tiempo; y así, la memoria de este gran varon no se borrará arrebatadamente, ántes siempre se hablará de él con estimacion. Tendrémoste en todo tiempo ¡oh clarísima cabeza! por una gran parte de la calamidad cayana.

CAPÍTULO XV.

Y no basta desechar las causas de la tristeza particular, que sin ellas nos posee muchas veces un aborrecimiento de todo el género humano, saliéndonos al encuentro la turba de tantas bien afortunadas maldades; y cuando hacemos reflexion de cuán rara es la sencillez, cuán no conocida la inocencia y cuán poco guardada la fe, si no es en aquel á quien le está bien guardarla; y cuando miramos las ganancias y los daños de la sensualidad, igualmente aborrecidos; cuando vemos que la ambicion no ajustada en sus debidos términos resplandece con su misma torpeza, escóndesele al ánimo la luz, y salen oscuras tinieblas cuando, por estar abatidas las virtudes, ni es permitido esperarlas, ni aprovecha el tenerlas. Debemos, pues, rendirnos á no tener por aborrecibles, sino por ridiculos, todos los vicios del vulgo, imitando ántes á Demócrito que á Heráclito. Éste siempre que salia en público lloraba, y el otro reia. Éste juzgaba todas nuestras acciones por miserias, y aquél las tenía por locuras. Súfranse todas las cosas con suavidad de ánimo, siendo más humana accion reirnos de la vida que llorarla. Y añade que en

mayor obligacion pone al género humano el que se rie de él, que no el que le llora; porque el primero deja alguna parte de esperanza, y estotro llora neciamente aquello que desconfia poder remediarse. Y bien considerado todo, mayor grandeza de ánimo es no poder enfrenar la risa, que el no poder detener las lágrimas; porque todas las cosas que nos obligan á estar alegres ó tristes, mueven el ligerísimo afecto del ánimo, sin que juzgue que en tanto aparato de cosas hay alguna que sea grande, severa ni seria. Propóngase cada uno todas aquellas cosas por las cuales venimos á estar alegres ó tristes, y sepa ser cierto lo que dijo Bion, que todos los negocios de los hombres eran semejantes en sus principios, y que la santidad y severidad de su vida no era más que unos intentos comenzados. Y así, es más cordura sufrir plácidamente las públicas costumbres y los humanos vicios, sin pasar á reirlos ó llorarlos, porque es una eterna miseria atormentarse con males ajenos, y el alegrarse de ellos es un deleite inhumano, al modo que es inútil tristeza el llorar y encapotar el rostro porque alguno entierra su hijo; pues áun en tus propios males conviene dar al dolor aquella sola parte que él pide, y no la que pide la costumbre; porque hay muchos que derraman lágrimas para que otros las vean, teniendo secos los ojos miétrasno hay quien les mire, y juzgan por cosa fea no llorar cuando los otros lo hacen; y hase introducido de tal manera este mal de estar pendientes de ajena opinion, que áun en cosas de poquísima importancia viene el dolor fingido. Sigue-se tras esto una parte, que no sin causa suele entristecer y poner en cuidado, cuando los remates de los buenos son malos, como son morir Sócrates en una cárcel, y vivir en destierro Rutilio, y entregar Pompeyo y Ciceron la cerviz á sus mismos paniaguados, y que el gran Caton, única imágen de las virtudes, recostado sobre la espada, dé juntamente satisfaccion de sí y de la república. Conviene, pues, el dar quejas de que la fortuna pague con tan inicuos premios; porque, ¿qué puede esperar cada uno cuando ve que los buenos padecen grandes males? Pues ¿qué hemos de hacer en tal caso? Poner los ojos en el modo con que ellos sufrieron, y si fueron fuertes, desear sus ánimos; pero si murieron mujeril y flacamente, no hay que hacer caso de la pérdida. O fueron dignos de que su virtud te agrade, ó indignos de que se imite su flaqueza; porque, ¿cuál cosa hay más torpe que aquellos á quienes los grandes varones, muriendo varonilmente, hicieron tímidos? Alabemos aquel que por tantas razones es digno de alabanza, y digamos de él: «Cuanto más fuerte fuiste, fuiste más dichoso; escapaste ya de los humanos acontecimientos y de la envidia y enfermedad; saliste de la prision tú, que no eras merecedor de mala fortuna; y los dioses te juzgarán por cosa indigna que ella tuviese en tí algun dominio.» A los que (cuando llega la muerte) rehuyen y ponen los ojos en la vida, se han de echar las manos. Yo no lloraré al que está alegre, ni lloraré al que llora; porque el primero con el alegría me quitó las lágrimas, y éste con las suyas se hizo indigno de las de otros. ¿He de llorar yo á Hércules, quemado vivo? ¿A Régulo, clavado con muchos clavos? ¿A Caton, que con fortaleza sufrió tantas

heridas? Todos éstos, con corto gasto de tiempo breve, hallaron modo de eternizarse, llegando á la inmortalidad por medio de la muerte. Es asimismo no pequeña materia de cuidado el tenerle grande de componerte, no mostrándote sencillo; culpa en que caen muchos, cuya vida es fingida y ordenada á sola ostentacion, y esta continua diligencia los martiriza, recelando no los hallen en diferente figura de la que acostumbran; porque este cuidado jamas afloja, miétras juzgamos que todas las veces que nos miran nos estiman, y hay muchos sucesos que contra su voluntad los desnudan de la ficcion; y dado caso que esta fingida compostura les suceda bien, no es posible que los que siempre viven con máscara tengan vida gustosa ni segura, y al contrario, la sencillez cándida y adornada de sí misma, sin echar velo á las costumbres, goza de infinitos deleites. Pero tambien esta vida tiene peligro de desprecio; porque cuando todas las cosas son patentes á todos, hay muchos que hacen desestimacion de lo que tratan más de cerca, aunque la virtud no tiene peligro de envilecerse por acercarse á los ojos, y mucho mejor es ser despreciado por sencillo que vivir atormentado con perpétua simulacion. Mas con todo esto, conviene poner en ello límite, habiendo mucha diferencia del vivir con sencillez al vivir con negligencia. Conviene mucho retirarnos en nosotros mismos, porque la conversacion que se tiene con los que no son nuestros semejantes descompone todo lo bien compuesto, y renueva los afectos y las llagas de todo aquello que en el ánimo está flaco y mal curado. Pero tambien conviene mezclar y alternar la soledad y la comunicacion, porque aquella despertará en nosotros deseos de comunicar á los hombres, y estotra de comunicarnos á nosotros mismos, siendo la una el antídoto de la otra. La soledad curará el aborrecimiento que se tiene á la turba, y la turba curará el fastidio de la soledad; que el entendimiento no ha de estar perseverante siempre con igualdad en una misma intencion, que tal vez ha de pasar á los entretenimientos. Sócrates no se avergonzaba de jugar con los niños, y Caton recreaba en convites el ánimo, fatigado de cuidados públicos. Escipion danzaba á compas con aquel su militar y triunfador cuerpo; pero no haciendo mudanzas afeminadas de las que exceden á la blanda mujeril, como las que ahora se usan, sino como las solian hacer aquellos antiguos varones, que se entretenian entre el juego y los dias festivos, danzando varonilmente, sin que pudiesen perder crédito aunque los viesen danzar sus enemigos. Darse tiene algun refrigerio á los ánimos, porque descansados, se levanten mejores y más valientes al trabajo; y como los campos fértiles, no se han de fatigar, porque el no dar alguna intermision á su fecundidad los enflaquecerá con presteza, así el trabajo continuo quebranta los ímpetus del ánimo, que recreado, tomará más fuerzas. De la continuacion en los cuidados nace una como inhabilidad y destacamiento de los ánimos; y el eficaz deseo de los hombres no se inclinara á tanto, si en el entretenimiento y juego no hallara un casi natural deleite, cuyo uso, siendo frecuente, quita á los ánimos todo el vigor y fuerza. Necesario es el sueño para reparar las fuerzas; pero si le continuas de dia y de noche, vendrá á ser muerte;

mucha diferencia hay en aflojar ó soltar una cosa. Los legisladores instituyeron dias festivos para que los hombres se juntasen públicamente, interponiendo con alegría un casi necesario temperamento á los trabajos; y los grandes varones, como tengo dicho, se tomaban cada mes ciertos dias feriados; y otros no dejaron dia alguno sin dividirle entre los cuidados y el ocio, como lo sabemos de Polion Asinio, gran orador, á quien ningun negocio detuvo en pasando la hora décima, y despues ni áun queria leer las cartas, porque de ellas no le resultase algun cuidado, reparando en aquellas dos horas de descanso el trabajo de todo el dia. Otros dividieron el dia, reservando para la tarde los negocios de menor cuidado, y nuestros pasados prohibieron el hacerse en el Senado nuevas relaciones pasada la hora décima. El soldado divide las velas, y el que viene de la campaña está libre de hacer la centinela. Conviene ensanchar el ánimo, dándole algun ocio, que aliente y defuerzas; y el paseo que se hiciere sea en campo abierto, para que en cielo libre y con mucho aliento se levante y aumente el ánimo; y tal vez dará vigor el andar á caballo, haciendo algun viaje y mudando de sitio. Los banquetes y la bebida algo más licenciosa, y áun llegando tal vez á la raya de la embriaguez (no de modo que nos anegue, sino que nos divierta), nos aligerarán los cuidados, sacando el ánimo de su encerramiento; porque como el vino cura algunas enfermedades, así tambien cura la tristeza. A Baco, inventor del vino, le llamaron *Liber*, no por la libertad que da á la lengua, sino porque libra al ánimo de la servidumbre de los cuidados, fortaleciéndole y haciéndole más vigoroso y audaz para todos los intentos; pero como en la libertad es saludable la moderacion, lo es tambien el vino. De Solon y Archesilao se dice que fueron dados al vino, á Caton le tacharon de embriaguez; pero el que á Caton opone esta culpa podrá con más facilidad persuadir que ella sea honesta, que no que Caton haya sido torpe. Mas esta licencia del vino no se ha de tomar muchas veces, porque el ánimo no se habitúa á malas costumbres; aunque tal vez ha de salir á regocijo y libertad, desechando algun tanto la sobriedad triste; porque si damos crédito al poeta griego, alguna vez da alegría el enloquecerse, y si á Platon, en vano abre las puertas á la poesía el que está con entero juicio, y si á Aristóteles, pocas veces hubo ingenio grande sin alguna mezcla de locura. No puede decir cosa superior y que exceda á los demas, si no es el entendimiento altivo, que despreciando lo vulgar y usado, se levanta más alto con un sagrado instinto, porque entónces con boca de hombre canta alguna cosa superior. Miétras una persona está en sí, no se le puede ofrecer pensamiento sublime; y puesto en altura, conviene que se aparte de lo acostumbrado y que se levante, y que tascando el freno, arrebate al caballero que le guia, llevándole hasta donde él no se atreviera á correr. Con esto tienes ¡oh carísimo Sereno! las cosas que pueden defender la tranquilidad, las que la pueden restituir, y las que pueden resistir á los vicios que se quieren introducir. Pero conviene sepas que ninguna de estas cosas es suficiente á los que han de guardar una tan débil, si no es que al ánimo que va á caer le cerque un continuo y asistente cuidado.